

## El acoso de las cámaras



**Hace algunos meses** hice un viaje a Estambul para realizar el reportaje que iba a ser la portada de uno de los números de la revista *Condé Nast Traveler* y cuidamos especialmente el tratamiento de aquella historia. Para aquel trabajo nos desplazamos a Turquía un nutrido grupo: periodista, estilista, modelo, peluquero, maquilladora y, por supuesto, fotógrafo con su ayudante. En un momento dado, acudimos al palacio de Topkapi para hacer unas fotos. Tuvimos que solicitar los permisos necesarios con un mes de antelación, hacer una declaración de todo el material que íbamos a utilizar y de las intenciones que teníamos. Cuando llegamos al palacio estuvimos esperando durante cerca de una hora para que nos firmasen el documento pertinente. En ese momento, un guardia de seguridad nos escoltó/accompañó hasta la sala del tesoro de los sultanes, una de las mayores del mundo musulmán. Allí había una larga fila de turistas que pasaba junto a las vitrinas para contemplar aquellos fantásticos tesoros. Las joyas estaban alejadas un metro de los visitantes mediante un cordón de seda. Gracias a todas las gestiones previas, el guardia abrió el cordón y nuestro fotógrafo pudo acercarse para hacer

la foto del diamante de Cucharero, de 86 quilates, uno de los mayores del mundo. En aquel momento, una señora de unos cincuenta años que estaba junto a mí, al otro lado del cordón de seda, supuestamente protegida por el anonimato del lenguaje, exclamó en perfecto castellano: “¡Pero qué jeta! Cuando este acabe, me meto yo a hacer la foto”. La señora, de Reus, se sonrojó en exceso cuando le contesté, con un castellano no tan perfecto, que era para una revista y que teníamos permiso.

**A la señora de Reus** no le preocupaba que hacer aquella foto fuese muy complicado técnicamente por los reflejos de la talla diamantina. Su único anhelo era no ser menos que aquel personaje que cargaba con 20 kilos de material fotográfico a sus espaldas y tomar la misma imagen. Durante el resto del viaje tuvimos que sufrir el acoso de muchas cámaras a nuestro alrededor, que intentaban hacer la misma fotografía que nosotros, en el afán de no ser menos. El resultado nunca será igual, pero si tenemos en cuenta el hecho de que en España ya hay 1,4 cámaras digitales por hogar, es difícil que alguien viaje sin tener una pequeña cámara digital en el bolsillo preparada para disparar en cualquier momento si ve que otros lo hacen. El problema no es la posibilidad de hacer fotos, sino la necesidad de hacerlas. Cuando salimos de viaje, sentimos la obligación de captar todos los instantes para la posteridad, confiando poco o nada en nuestra propia memoria y delegando ese papel en los discos duros de los ordenadores (en ocasiones, menos fiables). Cuando dejamos atrás la película fotográfica, con sus limitaciones en cuanto al número de disparos, perdimos el respeto a cada una de las tomas. Es frecuente observar en los monumentos turísticos más populares cientos de personas haciendo miles de fotografías sin disfrutar de la belleza del momento y el lugar. En una reciente visita al Parque Güell, en Barcelona, presencié una escena, cuando menos, preocupante. Una inmensa cantidad de gente arremolinada alrededor de la popular salamandra de Gaudí (supongo que debía estar allí, debajo de los improvisados modelos, porque no la llegué a ver) buscando hueco para hacerse la foto pertinente. Se exigía una cierta habilidad, porque apenas había unas

décimas de segundo antes de que otro empujara para conseguir su trofeo.

Cuando apareció la primera cámara digital, allá por el año 1975, era capaz de tomar una imagen en blanco y negro en 23 segundos. Sería divertido imaginar a alguien sonriendo durante 23 segundos a lomos de la salamandra de Gaudí con miles de personas esperando pacientemente su turno. Las cámaras 'de andar por casa' hoy en día son capaces de hacer 20 tomas por segundo. Eso ya las convierte en auténticas cámaras de vídeo. De la imagen en movimiento, simplemente mejor no profundizar. Conozco personas que han vuelto del Caribe con la marca del moreno solar del visor en el ojo y otros muchos que han caído al agua por centrarse exclusivamente en lo que veían a través de la pantalla de la videocámara.

No hay que engañarse, pulsar el disparador resulta demasiado sencillo y tentador para cualquiera que aspire a convertirse en artista o, cuando menos, fomentar ese convencimiento de que "yo siempre he tenido mucho ojo para la fotografía". Sería conveniente que cada vez que abrimos la cortinilla del obturador en la cámara recordásemos el ingente trabajo que se debería hacer en la postproducción de cada imagen. Los fotógrafos profesionales dedican horas al tratamiento de las imágenes con San Photoshop, capaz de obrar milagros con algunas fotos, pero no con todas.

**En conclusión,** durante un viaje el tiempo es uno de los más preciados valores y emplearlo buscando el mejor ángulo o la foto que "nadie más tiene" no es la mejor de las opciones. Recuerdos visuales se pueden comprar perfectamente encuadrados, grabados o en el formato que más nos guste. Estarán, además, realizados por un profesional que le ha dedicado unas preciosas horas que nosotros podemos emplear para empaparnos de nuestro destino y disfrutar de la experiencia. Muchas empresas están poniendo especial énfasis precisamente en esto y las experiencias son muy difíciles de captar en una imagen. En un mundo como el nuestro, la televisión, Internet y las revistas de viajes permiten conocer visualmente cada uno de los rincones del planeta, pero lo importante son las sensaciones que experimentemos en esos destinos. Las fotografías deben servir como muestra de que hemos estado en aquel lugar de vacaciones y, por qué no, para recordar dentro de un tiempo lo guapos o delgados que estábamos, pero no para obsesionarnos durante unas vacaciones con el detalle de la esquina de un tejado.

**BERNARDO FUERTES**

REDACTOR JEFE DE CONDÉ NAST TRAVELER

## TARJETA DE EMBARQUE

### El viaje literario

POR **DOMINGO VILLAR**  
ESCRITOR

Durante siglos, la única posibilidad de pisar calles remotas, oír hablar lenguas extrañas, o respirar olores de mercados lejanos, fue hacerlo a través de los zapatos, el oído o el olfato de los protagonistas de las novelas. Como decía Croisset, la lectura era el viaje de los que no podían tomar el tren.

A pesar de haber sido sustitutivos, cuando las clases medias se ganaron el derecho a viajar, la intimidad entre literatura y turismo no se rompió. Al contrario, las ciudades que habían contado con escritores entre sus vecinos ilustres utilizaron sus nombres como reclamo, convirtiendo en atracciones turísticas lugares como la Isla Negra en que murió Neruda, el estudio de Shakespeare, o las calles de ese Madrid de las Letras donde convivieron las mejores plumas de nuestro Siglo de Oro.

Sin embargo, en el siglo XXI, la relación entre lectura y turismo ha evolucionado. Los libros se están convirtiendo en el aperitivo que, de resultar atractivo, anima a los lectores a viajar para visitar los escenarios que antes había conocido a través de la literatura.

Hace unos años, cuando *El Código da Vinci* copaba las listas de libros más vendidos de cualquier rincón del orbe, los guías del Museo del Louvre se vieron sorprendidos por multitud de visitantes que, en lugar de interesarse por la Venus de Milo, les preguntaban cuáles eran los lugares en que se desarrollaban las peripecias de la novela.

Algunas instituciones se han dado cuenta de que el cebo para atraer visitantes no son los escritores, sino los personajes y sus escenarios. Así, en Brooklyn se ofrecen visitas a los lugares que figuran en las novelas de Paul Auster; y en Barcelona, hay una ruta Pepe Carvalho, con recorridos por el barrio del Raval y el mercado de la Boquería. En 2009, Suecia ha sido agraciada con el Gordo. En un año de crisis, miles de lectores de la serie *Millenium* están queriendo conocer el barrio de Södermalm, incrementando notablemente las visitas a Estocolmo. Y, la verdad, es una pena que no exista Comala. Yo iría.

